

Borges y «El nombre de la rosa»

I. INTRODUCCIÓN

El nombre de la rosa no necesita presentación. Su título ha encabezado la lista de libros más vendidos durante meses y meses. Sin embargo, la novela es de difícil lectura, pues es una caja de resonancia de secretas lecturas y la encarnación de personajes históricos. Para la reconstrucción de la época medieval a que se refiere la novela, interesante por su despegue hacia la modernidad, Umberto Eco ha sabido integrar cientos de textos literarios y de crónicas medievales en una síntesis perfecta donde nada desentoná. Cada personaje de la obra habla como el personaje histórico que encarna: Guillermo, como Ockam, Roger Bacon y Marsilio de Padua; Abonne, como Suger, el famoso abad de Saint-Denis; Jorge de Burgos, como los apocalípticos del siglo XI o XIV; Adso, como Eckhart; Bernardo de Gui, como el inquisidor Gui, autor del *Directorium inquisitorum*; Ubertino, como el autor de *Arbor vitae crucifixae...* Todos los personajes de la novela dicen lo que dijeron, si son personajes arrancados de la historia, o lo que hubieran tenido que decir, si son ficticios. Todo en la novela: ambientación y diálogo, es verosímil y contribuye eficazmente a conocer la época narrada. Pero la intertextualidad de la novela no queda reducida al préstamo de textos medievales o a citas más o menos transformadas por el talento de Umberto Eco; también el autor italiano es deudor de autores contemporáneos, aunque, en este caso, resulte mucho más difícil reconocerlo. Entre ellos hay que citar a Jorge Luis Borges. El mismo Eco en las *Apostillas* ha escrito:

«Todos me preguntaban por qué mi Jorge evoca por el nombre a Borges, y por qué Borges es tan malvado. No lo sé. Quería un ciego que custodiase una biblioteca (me parecía una buena idea narrativa), y biblioteca más ciego sólo puede dar Borges, también porque las deudas se pagan.»¹

¹ Eco, Umberto: *Apostillas a El nombre de la rosa*, Barcelona, Lumen, 1984, pág. 32.

II. INFLUENCIA DE JORGE LUIS BORGES EN *EL NOMBRE DE LA ROSA*:

II.1. *Influencia de Borges en la trama detectivesca de la novela:*

Nadie duda de que Umberto Eco ha querido reconstruir un cuadro medieval sobre una trama policiaca. La historia de unas muertes, hábilmente llevada, crea un clima de suspense en el lector que no desmerece en nada del de las mejores novelas detectivescas y que es una de las claves del éxito editorial de la obra. Muy pronto, algunos críticos pensaron en *Los diez negritos* de A. Christie como la fuente directa de la trama detectivesca de *El nombre de la rosa*. Personalmente pienso que la influencia va más allá de una sola obra. En el trasfondo de la trama está ¿cómo no? Sherlock Holmes y también Borges.

La muerte y la brújula de Borges y *El nombre de la rosa*: también en ciertos cuentos de Borges, como en *El nombre de la rosa*, se narra la sucesión periódica de una serie de muertes de acuerdo con un plan. Así ocurre en *La muerte y la brújula*, que es un cuento policial. Lönrot está seguro de haber descubierto el mecanismo de tres crímenes cometidos a intervalos regulares de un mes, siguiendo también la sucesión de las letras del tetragrámaton. El cuarto crimen es inevitable a juzgar por todos los indicios: la cuarta letra del Tetragrámaton, la ubicación geográfica de los tres lugares en el mapa de la ciudad y que indican el escenario del cuarto crimen, los rombos de la pintorería y de los disfraces de los arlequines, la fecha de los crímenes, el tres de cada mes. La conclusión es irrevocable: el cuarto crimen ocurrirá el tres de febrero, a la hora del ocaso, en la quinta de Triste-le-Roy. Lönrot, siguiendo los dictados de la lógica, se propone descubrir al asesino acudiendo a la finca en cuestión, sin sospechar que él, Lönrot, será la víctima de ese cuarto crimen que él cree poder impedir. Piensa haber descubierto el esquema que ha planeado el asesino; lo que realmente hizo fue seguir los juegos y los ardides de un plan inventado por él para atraparle. Scharlach ha creado un laberinto en torno al hombre que había encarcelado a su hermano. Lönrot, que cree haber resuelto el problema de los crímenes, no ha hecho sino encontrar la forma de entrar en el laberinto, lo cual formaba parte de Scharlach para matarlo.

Me parece que existe una analogía entre el cuento policial de Borges y *El nombre de la rosa*: el intento de llegar a descubrir la verdad de unos asesinatos, ocurridos de acuerdo a un plan premeditado, gracias a unos indicios muy variados. No se trata de un criminal perfecto, como en el caso de Agatha Christie, sino del criminal que deja los rastros necesarios para que Lönrot pueda seguir el plan después de descubrirlos. Aunque en la novela de Umberto Eco no haya un plan premeditado para atrapar a nadie, tenemos los elementos necesarios para establecer una semejanza con *La muerte y la brújula*: unas muertes misteriosas ocurridas a intervalos periódicos, un laberinto en cuyo interior se refugia el responsa-

ble de las mismas, un detective que descubre la verdad a través de indicios y el fracaso del intento, por parte del detective, de atrapar al culpable de las muertes.

*H.2. El tema de la biblioteca en los cuentos de Borges y en *El nombre de la rosa*:*

¿Quién no ha encontrado analogías de ciertos cuentos de Borges con el tema de la biblioteca en la novela? Los elementos temáticos son muy parecidos en los dos autores, aunque las imágenes ofrecidas con ellos sean diferentes, como lo son las de un caleidoscopio en función de los movimientos del tubo en manos del que lo maneja.

La biblioteca como laberinto: el tema del laberinto es uno de los más significativos en toda la obra de Borges². Casi no hay cuento, poema o ensayo en que no asome toda clase de laberintos. En el *Aleph*, por ejemplo, hay tres cuentos interrelacionados. En el *Abecaján el Bojari*, muerto en el laberinto, el rector Allaby predica sobre el púlpito un sermón sobre el tema de los laberintos. Este sermón es el cuento *Los dos reyes y los dos laberintos*, que le sigue. Pero en *Abencaján el Bojari* hay dos personajes, Dunraven y Unwin, que platican sobre el Minotauro y su laberinto, complementando así *La casa de Asterion*. La concepción de la biblioteca como un laberinto, símbolo del caos cósmico, es el tema del cuento de *La biblioteca de Babel*. La descripción de la biblioteca de Babel va dibujando una imagen del universo. Ya desde el primer párrafo sabemos que se trata de un símbolo: «El universo (que otros llaman biblioteca)»^{2a}. Como el mundo, la biblioteca es «interminable, infinita»: «Se compone de un número indefinido y tal vez infinito, de galerías hexagonales, con vastos pozos de ventilación en el medio»³. Aunque la biblioteca parece eterna, los hombres en ella no lo son y tienen una historia interrumpida por ciertos descubrimientos y ciertas deducciones ahora consideradas axiomáticas. Gracias a uno de estos descubrimientos, la lectura de dos páginas homogéneas sobre nociones de análisis combinatorio, se llegó a la conclusión de que la biblioteca era total; es decir, sus anaqueles contenían todas las combinaciones posibles de los 25 símbolos ortográficos (22 letras, el espacio, el punto y la coma):

«Todo: la historia minuciosa del porvenir, las autobiografías de los arcángeles, el catálogo fiel de la biblioteca, miles y miles de catálogos falsos, la demostración de la falacia del catálogo verdadero, el evangelio gnóstico de Basílides, el comen-

² Barrenechea, A. M.: *Los símbolos del caos y del cosmos. Los laberintos en la expresión de irrealidad en la obra de J. L. Borges*, México, 1957, págs. 57-60.

^{2a} Borges, J. L.: *Prosa completa*, Barcelona, Bruguera, 1980, vol. I, pág. 455.

¹ Borges, J. L.: o.c., pág. 455.

tario del comentario de ese evangelio (...) las interpolaciones de cada libro en todos los libros.»⁴

También en *El nombre de la rosa*, la biblioteca está concebida como laberinto y símbolo del mundo. A la pregunta de Adso:

«¿La biblioteca es un laberinto?», responde Guillermo:

«La biblioteca es un gran laberinto, signo del laberinto que es el mundo»⁵. Los torreones heptagonales con salas cuadrangulares o pentagonales alrededor de una sala central, las salas simétricas que se abren a los ocho lados del octógono central, las habitaciones ciegas, ocho en total, situadas entre los dos torreones y el corredor interior, necesariamente producen a los visitantes la sensación de encontrarse en un corredor de difícil salida. No obstante, aquel caos aparente, ordenado por la inteligencia humana, reproducía el mapa del mundo. La hipótesis inicial se confirmaría una vez reconstruido en su integridad el plano de la biblioteca:

«En suma, para no aburrir al lector con la crónica de nuestro desciframiento, cuando más tarde completamos del todo el mapa, comprobamos que la biblioteca estaba realmente constituida y distribuida a la imagen del orbe terráqueo. Al norte encontramos Anglia y Germania, que, a lo largo de la pared occidental, se unían con Gallia, para engendrar luego en el extremo occidental a Hibernia y hacia la pared meridional Roma (...) e Hispania. Después venían al Sur, los Leones, el Aegiptus, que hacia Oriente se convertían en Judasa y Fons Adae. Entre Oriente y Septentrión, a lo largo de la pared, Acaia, buena sinécdoque (...) para referirse a Grecia.»⁶

Los libros están colocados por los países de origen, o por el sitio donde nacieron los autores⁷. También, en este caso, estamos ante una biblioteca total, no en el sentido borgiano de que todo lo expresable se encontraba en alguna línea de algún libro de la biblioteca, sino en el sentido real: todo lo que se había escrito en los diversos continentes se guardaba en algún anaquel de la biblioteca del monasterio. Pero no terminan aquí las analogías: la existencia de espejos. No deja de ser llamativo que la entrada al Finis Africae, desde una de las salas de la biblioteca, se haga por una puerta que es un espejo. Los espejos aparecen a lo largo de toda la obra de Borges, narrativa y poética. Curtius ha señalado el antiguo origen del uso del espejo como una metáfora: Platón, Cicerón, Terencio, la Biblia, la emplean con sentidos diferentes y, durante la Edad Media, se convierte en una de las imágenes favoritas especialmente como títulos de libros. En la obra de Borges, los espejos son una imagen central hasta adquirir la dimensión de una obsesión personal a la que dota de varios

⁴ Borges, J. L.: *o.c.*, pág. 458.

⁵ Eco, Umberto: *El nombre de la rosa*, Barcelona, Lumen, 1983, 3.^a edi., pág. 193.

⁶ Eco, Umberto: *o.c.*, pág. 392.

⁷ Cfr. Eco, U.: *o.c.*, pág. 383.

sentidos. Es en su poesía, donde Borges explica esos sentidos y sólo de su examen es posible comprender su significado último.

Antes de ser un motivo o un tema literario, los espejos han sido para Borges una obsesión que se remonta a su niñez. En alguna ocasión ha hablado de sus miedos infantiles; a solas en su dormitorio, temía que las imágenes reflejadas en el espejo persistieran aún después que la oscuridad las disolvía. Las imágenes habitaban el espejo como los fantasmas que pueblan los castillos de la novela gótica⁸. Mucho más tarde esta obsesión aparecerá en sus versos:

«Yo sentí el horror de los espejos
no sólo ante el cristal impenetrable
donde acaba y empieza, inhabitable,
un imposible espacio de reflejos
sino en el agua especular que imita
el otro azul en su profundo cielo»⁹

J. Alazraki ha estudiado los diferentes sentidos que los espejos tienen en los cuentos de Borges¹⁰. En la *Biblioteca de Babel*, el espejo parece ser el símbolo de los infinitos mensajes cifrados que contiene la biblioteca¹¹. Pero donde el espejo adquiere la dimensión de algo perturbador es en *Tlön, Uqbar, orbis tertius*. En este cuento, el descubrimiento de Uqbar se debe a la conjunción de un espejo y de una enciclopedia. El espejo es algo inquietante que acecha desde el fondo del corredor:

«Desde el fondo remoto del corredor, el espejo nos acechaba. Descubrimos (en la alta noche ese descubrimiento es inevitable) que los espejos tienen algo de monstruoso. Entonces Bioy Casares recordó que uno de los heresiarcas de Uqbar había declarado que los espejos y la cópula con abominables porque multiplican el número de los hombres.»¹²

También el espejo que sirve de puerta al *Finis Africae* asusta a Adso por sus monstruosos reflejos:

«—Un gigante de proporciones amenazadoras, y cuyo cuerpo ondeante y fluido parecía el de un fantasma, salió a mi encuentro.

—¡Un diablo! —grité, y poco faltó para que se me cayese la lámpara (...). Guillermo se echó a reír.

—Realmente ingenioso. ¡Un espejo!

—¿Un espejo?

—Sí, mi audaz guerrero —dijo Guillermo—. Hace poco, en el scriptorium, te

⁸ Cfr. Rodríguez Monegal, E.: *Borges por él mismo*, Barcelona, Laia-Literatura, 1984, pág. 112.

⁹ Tomado de Rodríguez Monegal, E.: *o. c.*, pág. 112.

¹⁰ Alazraki, J.: *Versiones. Inversiones. Reversiones*. Madrid, Gredos, 1977, Campo Abierto, n.º 36.

¹¹ Cfr. Borges, J. L.: *o. c.*, vol. I, pág. 455.

¹² Borges, J. L.: *o. c.*, vol. I, pág. 409.

has arrojado con tanto valor sobre un enemigo real, y ahora te asustas de tu propia imagen. Un espejo que te devuelve tu propia imagen, agrandada y deformada.»¹³

También en la novela, la conjunción del espejo con el mensaje de Venancio hace posible el descubrimiento del Finis Africæ:

«la mano sobre el ídolo opera sobre el primero y el séptimo de los cuatro (...). ¡Pero si! ¡El idolum es la imagen del espejo! Venancio pensaba en griego, y en esa lengua (...) eidolon es tanto imagen como espectro y el espejo nos devuelve nuestra imagen deformada, que nosotros mismos, la otra noche, confundimos con el espectro».¹⁴

II.3. *El hombre del libro:*

Existe en el mismo cuento *La biblioteca de Babel*, un párrafo que tiene resonancias con ciertos temas de *El nombre de la rosa*:

«También sabemos de otra superstición de aquel tiempo: la del hombre del libro. En algún anaquel de algún hexágono (razonaron los hombres) debe existir un libro que sea la cifra y el compendio perfecto de todos los demás: algún bibliotecario lo ha recorrido y es análogo a un dios. En el lenguaje de esta zona persisten aún vestigios del culto de ese funcionario remoto. Muchos peregrinaron en busca de él. Durante un siglo fatigaron en vano los más diversos rumbos. ¿Cómo localizar el venerado hexágono secreto que lo hospedaba? Alguien propuso un método regresivo: para localizar el libro A, consultar previamente el libro B que indique el sitio A (...). No me parece inverosímil que en algún anaquel del universo haya un libro total; ruego a los dioses ignorados que un hombre —¡uno solo, aunque sea, hace miles de años!— lo haya examinado y leído.»¹⁵

La cita es larga, pero merecía la pena recogerla porque contiene temas referentes a la biblioteca de indudable valor estructural: un hombre, Jorge, guarda un libro ansiosamente buscado por hombres inquietos. Algunos han perecido en esa búsqueda. No cabe duda de que en los dos casos se trata de un libro de excepcional importancia: en Borges, el libro es «cifra y compendio perfecto de todos los demás». En la novela, el libro buscado es también un libro prometeico. Jorge es el hombre del libro.

II.4. JORGE DE BURGOS Y JORGE LUIS BORGES EN SU CONDICIÓN DE BIBLIOTECARIOS:

La semejanza entre estos personajes no queda reducida al nombre. Los que conocen la prodigiosa memoria de Borges y su agilidad de mo-

¹³ Eco, Umberto: *o.c.*, págs. 209-210. Cfr. pág. 388.

¹⁴ Eco, Umberto: *o.c.*, págs. 389-390.

¹⁵ Borges, J.L.: *o.c.*, vol. I, págs. 460-461.

vimientos dentro de la biblioteca no pueden por menos de verle encarnado en Jorge de Burgos. Así recuerda a Borges su gran amigo, E. Rodríguez Monegal:

«La realidad de Borges (...) la conocí un día en que me invitó a recorrer con él la Biblioteca Nacional (...). Borges se movía entre los anaquelés como en su propio habitat. Recorría con la mirada, aunque sin poder verlos nítidamente, cada uno de los estantes, sabía dónde se encontraba cada libro, y al abrirlo, encontraba enseguida la página precisa. Por un efecto de memoria (...) era capaz de recitar párrafos enteros. Se perdía en corredores tapizados de libros, doblaba a la izquierda o a la derecha con increíble rapidez, se deslizaba entre pasajes casi invisibles. Lo sigo a tientas, más ciego y torpe que él, porque al fin y al cabo sólo tengo la guía de mis ojos. En la oscuridad de la biblioteca, Borges se abre caminando con la delicada precisión de un equilibrista.»¹⁶

Es innegable la semejanza de ciertas ideas de este párrafo con algunos de los rasgos de Jorge de Burgos. Nadie conocía la biblioteca como él:

«Por otra parte, ya sabes, es probable que lo hayas observado: cuando alguien quería alguna indicación sobre un libro antiguo y olvidado, no se dirigía a Malaquías, sino a Jorge. Malaquías custodiaba el catálogo y subía a la biblioteca, pero Jorge conocía el significado de cada título...»¹⁷

Su memoria, como la de Borges, era prodigiosa:

«—¿Cómo hizo para acumular tanto saber antes de volverse ciego?

—Oh, hay leyendas sobre él! Parece que ya de niño fue tocado por la gracia divina, y allá en Castilla leyó los libros de los árabes y de los doctores griegos, cuando aún no había llegado a la pubertad. Y además, después de haberse vuelto ciego, e incluso ahora, se sienta durante largas horas en la biblioteca y se hace recitar el catálogo, pide que le traigan libros y un novicio se los lee en voz alta durante horas y horas. Lo recuerda todo, no es un desmemoriado como Alíardo.»¹⁸

«Los monjes lo estimaban mucho y solían leerle pasajes de difícil comprensión, consultarla para redactar algún escolio o pedirle consejos sobre la manera de representar algún animal o algún santo. Entonces clavaba sus ojos muertos en el vacío, como mirando unas páginas que su memoria había conservado nítidas y respondía (...)»¹⁹

También destaca Eco la omnipresencia de Jorge en la biblioteca:

«También esa vez me asombró (...) la manera inocente que tenía aquel anciano de aparecer, como si nosotros no le viéramos y él sí nos viese (...). Más tarde me di cuenta que Jorge era omnipresente en la abadía.»²⁰

¹⁶ Rodríguez Monegal, E.: *o.c.*, págs. 129-130.

¹⁷ Eco, Umberto: *o.c.*, pág. 510.

¹⁸ Eco, Umberto: *o.c.*, pág. 511.

¹⁹ Eco, Umberto: *o.c.*, pág. 159.

²⁰ *Ibidem.*

Su facilidad de movimientos dentro de la biblioteca era sorprendente en un ciego:

«Después calló y ya no pudimos oírlo, pues se movía con aquellos pasos silenciosos que daban siempre un carácter sorpresivo a sus apariciones.»²¹

Termino este apartado con la transcripción de un párrafo que tiene un evidente parecido con el final de la cita de Monegal:

«—¡Te hemos cogido, viejo, ahora tenemos luz!
Sabia decisión, porque es probable que aquello inquietara a Jorge, quien debió acelerar el paso, desequilibrando así su mágica sensibilidad de vidente en las tinieblas.»²²

II.5. *Otras huellas de Borges en Eco:*

II.5.1. EL UNIVERSO COMO LIBRO DE DIOS:

La imagen está presente en los dos autores. La idea del universo como libro de Dios aparece en muchos de los ensayos del autor argentino. En el *Del culto de los libros*, Borges recuerda ese pensamiento de Bacon según el cual Dios nos ofrece dos libros: «El primero, el volumen de las escrituras, que revela su poderío y que este era la llave de aquél», junto a este otro pensamiento de Sir Thomas Brown: «Dos son los libros donde suelo aprender la teología: la Sagrada Escritura y aquél universal y público manuscrito que está patente a todos los ojos»²³. Los hombres somos versículos o palabras de este mágico libro: «donde las iotas o puntos no valen menos que los versículos o los capítulos íntegros, aunque la importancia de unos y de otros es indeterminable y está profundamente escondida»²⁴. La imagen de la naturaleza como libro es un tópico de la literatura latino-medieval (Curtius)²⁵.

Si he querido referirme de nuevo a ella, es por la semejanza de una frase que Borges hace decir a Bloy: «somos versículos o palabras o letras de un mágico libro», con esta otra dicha por Adso en el momento de la agonía del amor:

«(...) aquella mañana el mundo entero me hablaba de la muchacha que (...) era también el capítulo del gran libro de la creación, un versículo del gran salmo entonado por el cosmos.»²⁶

²¹ Eco, Umberto: *o.c.*, pág. 582.

²² Eco, Umberto: *o.c.*, pág. 584.

²³ Borges, J. L.: *o.c.*, vol. II, págs. 232-233.

²⁴ *Ibidem*.

²⁵ Cfr. Curtius, Ernst Robert, *Literatura europea y Edad Media Latina*, México, 1984, 4.^a reimpresión, vol. I, págs.

423-489.

²⁶ Eco, Umberto: *o.c.*, pág. 340.

II.5.2. DIOS Y LOS HEREJES:

En el cuento *Los teólogos* encontramos posiblemente las páginas más corrosivas contra la intolerancia. Un antípodo de su reprobación ya está sugerido en el párrafo inicial del relato: la barbarie religiosa de los humanos, que incineraron la biblioteca monástica por ignorancia y fanatismo, queda de inmediato sobrepasada simétricamente por la idolatría de los doctos, que adoraron las calcinadas reliquias. Aureliano de Aquilea y Juan de Panonia serían los teólogos encargados de luchar contra los que negaban el «eterno retorno». Muy pronto, las rivalidades personales entre ellos fueron más importantes que la pureza confesional, y se embarcaron en una polémica con argumentaciones estériles y bizantinas. Los dos estaban más interesados en su propia autoafirmación que en perseguir errores cismáticos. Aduciendo el nombre de la Verdad en vano, surgió una nueva trasgresión doctrinal con su secuela de mutilaciones blasfemias. Al cabo de múltiples peripecias, Aureliano declaró que Juan de Panonia había incurrido en una nueva heterodoxia al redactar una oración de 20 palabras en su escrito contra la vieja herejía. Los miembros del tribunal terminaron condenándole a la hoguera. Aureliano padeció idéntica muerte, abrasado por el incendio de un bosque:

«El final de la historia sólo es referible en metáforas, ya que pasa en el reino de los cielos, donde no hay tiempo. Tal vez cabría decir que Aureliano conversó con Dios y que *Este se interesa tan poco en diferencias religiosas que lo tomó por Juan de Panonia.* (...) Más correcto es decir que, en el paraíso, *Aureliano supo que (...) él y Juan de Panonia (el ortodoxo y el hereje) (...) formaban una sola persona.*»²⁷

Me ha interesado el cuento por las palabras subrayadas. La actitud de Dios frente a los herejes es la misma que aparece en la novela cuando Guillermo trata de explicar a Adso las relaciones entre los diferentes movimientos religiosos:

«—Maestro, (...) ya no entiendo nada.

—¿A propósito de qué, Adso?

—Ante todo, a propósito de las diferencias entre los grupos heréticos. Pero sobre todo esto os preguntaré después. Lo que me preocupa ahora es el problema mismo de la diferencia. Cuando hablasteis con Ubertino me dio la impresión de que tratabais de demostrarle que los santos y los herejes son todos iguales (...). O sea que a Ubertino lo censurasteis por considerar distintos a los que en el fondo son iguales (...).

—Cuando digo a Ubertino que la misma naturaleza humana, con sus complejas operaciones, se aplica tanto al amor del bien como al amor del mal, intento convencerlo de la identidad de dicha naturaleza.²⁸

²⁷ Borges, J. L.: o.c., vol. II, pág. 37.

²⁸ Eco, Umberto: o.c., pág. 239.

Resumiendo: No me cabe duda de que Borges está presente en *El nombre de la rosa*. Es cierto que alguno de los temas tratados por Eco y Borges son patrimonio de la literatura universal y podría explicarse su presencia en la obra de ambos desde la asimilación personal de ese fondo común. Sin embargo, la semejanza peculiar en ciertos temas y, a veces, en expresiones casi idénticas hacen pensar en una influencia más directa de Borges sobre Eco.

FÉLIX GARCÍA MATARRANZ
Guadalajara
(España)